

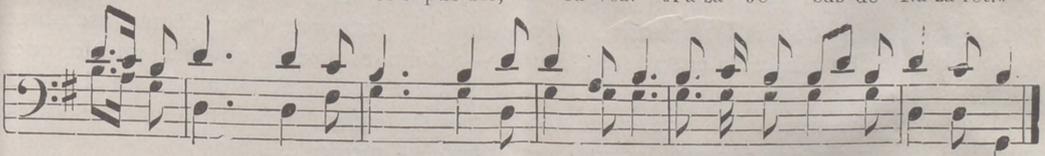
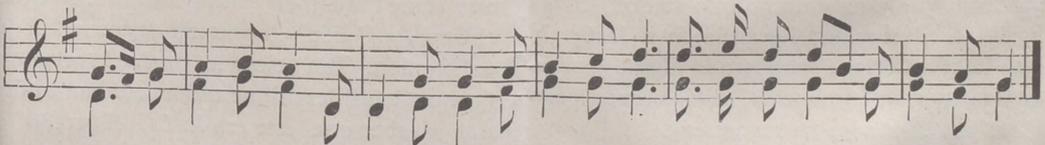
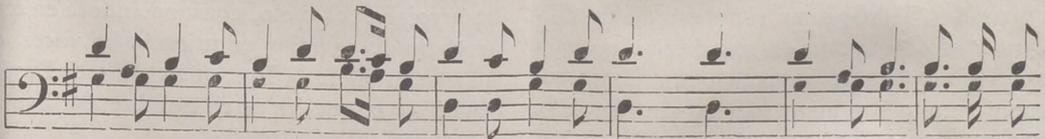
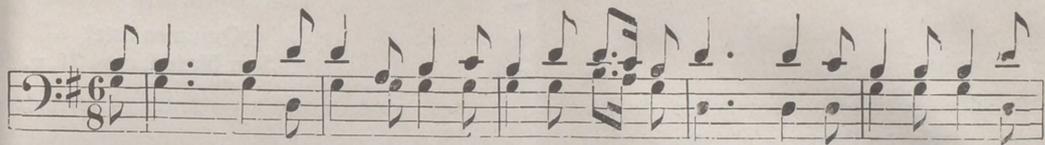
EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LX

MADRID, 9 DE ABRIL DE 1933

NÚMERO 15

¿Qué significa ese rumor...?



3

¡Jesús! quien vino acá a sufrir
 Angustia, afán, cansancio y sed;
 Y dió consuelo, paz, salud
 A cuantos viera padecer.
 Por eso alegre el cielo oyó:
 «Pasa Jesús de Nazaret.»

4

Aun hoy viene el buen Jesús
 Dispuesto a hacernos mucho bien,
 Y amante llama a nuestro hogar,
 Y quiere en él permanecer.
 Se acerca ya: ¿no oís la voz?
 «Pasa Jesús de Nazaret.»

5

Los que sufrís tribulación,
 Venid, descanso y paz tendréis;
 Los que alejados camináis
 De Dios, su gracia poseed;
 Si sois tentados, ved ahí:
 «Pasa Jesús de Nazaret.»

6

Mas si su gracia rechazáis,
 Su amor mirando con desdén,
 Entristecido marchará,
 Y en vano luego clamaréis,
 «¡Es tarde ya!» dirá la voz;
 «Pasó Jesús de Nazaret.»

DOMINGO DE RAMOS

¡PASA JESUS DE NAZARET!

¿Quién es éste?

San Mateo, cap. 21, v. 10

Sencillo es el relato evangélico de lo que hemos dado en llamar «la entrada triunfal» de Cristo en Jerusalén, la ciudad santa. Pero también este acontecimiento, como todos los actos sencillos, encierra mayor solemnidad que los actos aparatosos, o aquellos otros vestidos con lujo inusitado.

Acababa Jesús de efectuar la curación de dos ciegos, a la salida de Jericó, en el camino que de esta ciudad a Jerusalén conducía, y próximo a Bethfagé, en el monte de las Olivas, comisiona a dos de sus discípulos para que vayan a la aldea cercana a cumplir un encargo humilde y honroso a la vez. Encargo que, todo sencillez, consistía tan sólo en llegar a determinada casa en la aldea, donde hallarían una asna y un pollino atados, cuyas ligaduras desharían, llevándolos a Jesús. Y esto lo efectuarían, contestando al que les preguntase por qué lo hacían, estas breves palabras: «El Señor los ha menester».

Los dos discípulos, obedientes al mandato recibido, cumplieron con toda diligencia la orden del Señor, y de esta forma tosca, indigna del Hijo de Dios, hace su entrada en Jerusalén Nuestro Señor Jesucristo.

Mas no sé qué tienen los actos sencillos, que con frecuencia nos parecen los más so-

lemnes, y acertamos a ver antes su verdadero significado y grandeza.

Así sucedió en este caso. El pueblo de Jerusalén entendió claramente el exacto valor de esta entrada triunfal de Cristo. Y para exteriorizar su alegría, despojábanse los moradores de sus túnicas, no importándoles que las hallasen las cabalgaduras del Maestro y sus acompañantes, y su entusiasmo llegó hasta tal punto, que cortaban ramas de los árboles y las arrojaban al suelo, confundiéndose en este arrebatado del popular entusiasmo las voces de los que gritaban: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

Luego viene la pregunta de los curiosos que nunca faltan en estas ocasiones: «¿Quién es éste?» «¿Quién?», contestan las gentes al que así inquiere. Tan ociosa les parece la pregunta porque consideran que todos estaban obligados a saber que éste era Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea.

Después de este apoteósico recibimiento uno se pregunta, por demás asombrado —¿Cómo es posible que este pueblo, que de tal suerte recibe al Salvador, sea el que días más tarde clama hasta enronquecer: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

Así es, sin embargo, la condición humana. Nuestro amor hacia una persona varía de repente, y a veces, sin motivo alguno para obrar de tal manera. Y lo que es aún más triste, nuestro amor hacia Jesús varía con gran facilidad, aun cuando el suyo permanece inmutable. Siempre es el mismo.

El Domingo de Ramos es el día de la oportunidad. La ocasión propicia en que el Salvador pasa, ofreciéndose a todos los que quieren aceptarle como tal.

Jesús pasa hoy ante la puerta de nuestros

corazones, queridos lectorcitos. Con amor intenso llama a ellos, queriendo ser su huésped. No desoigamos su voz. Él tuvo que llorar con lágrimas de intenso amor por Jerusalén, la ciudad que no conoció el tiempo de su visitación.

Que no sea así en nuestro caso. Jesús de Nazaret pasa otra vez, llamando con cariño a las puertas de nuestros corazones. ¡Recibámosle! ¡¡Recibámosle!!

RAMÓN TAIBO SIENES.

LIBRE DE IR A SIBERIA

(Conclusión)

Según marchaban, en la dirección que él había indicado, y por calles, relativamente poco frecuentadas, M. Holton dijo en voz baja al cochero, y hablando en francés: "Supongo que yo podría comprar una "troïca" como esta, con su equipo, por un precio regular."

"Ciertamente, señor—fué la respuesta—. Pero necesitaría un cochero." "¿Iría usted conmigo a Francia y América?" "Sí, señor; me gustaría ir a América." "Muy bien—dijo M. Holton—. Vaya usted a mi cuarto del hotel esta tarde, y quizás podamos arreglarnos. Ahora condúzcame al Consulado de los Estados Unidos."

Aquella tarde, durante la comida, el padre de Harry dijo a éste: "Todo está en marcha, hijo mío; pero haríamos bien en no hablar mucho del asunto. Yo voy a salir para París pasado mañana al mediodía. Por lo demás, creo que nosotros estaríamos contentos con un trineo en el Parque Central; el General va a remitir a París una "troïka" con su equipo, después de nuestra partida, mientras que el cochero irá con nosotros. Supongo—añadió con un suave guiño de ojos, que algún noble ruso podrá ahorrar las

suficientes rentas de sus propiedades para quitárnosla de las manos si nosotros no nos decidimos a llevárnosla a casa con nosotros. Pero aquí está el cochero."

Aquella noche, Harry, antes de retirarse, tuvo la satisfacción de saber que todo estaba listo, y que el permiso para salir de Rusia (que era tan necesario como el permiso para entrar en ella) había sido recibido oportunamente de la policía. El documento autoriza para pasar la frontera a Mr. y Sra. de Holton e hijo, ciudadanos de los Estados Unidos, y a Sergio Jvanovitch, su cochero ruso.

Cuando llegó el día de partir para la familia, Harry se sintió en gran manera intranquilo, y las horas le parecían caminar muy despacio. Se imaginaba que todo el mundo sospecharía que allí había algo falso o misterioso en aquel alto y hermoso cochero que estaba ocupado en arreglar el equipaje. Pero dieron las once y cuarto, sin novedad ni tropiezo de ninguna clase, y, subiendo al carruaje, se dirigieron a la estación. El corazón de Harry palpitó con violencia al ver un sargento de policía parado junto al tren, y sólo respiró libremente cuando salieron de la estación. Después, vino el mismo paisaje de árboles y nieve, más árboles y más nieve, las mismas estaciones con el "samovar" o recipiente grande de té, la misma estufa caliente en el coche del ferrocarril y el mismo guarda echando leña en ella.

Harry todavía se sentía intranquilo, especialmente al acercarse a la frontera y casi se le cortó el aliento, cuando los uniformados oficiales se acercaron para inspeccionar los pasaportes y confrontar a la gente con los datos y señales que de ellos tenían.

Todo pareció estar bien, y en brevísimo tiempo pasaron la frontera, y, ya en tierra alemana, se consideraron seguros. A través de Alemania y hasta llegar a París, Sergio no dejó de ser cochero; pero al entrar el tren en la estación, dijo, con tranquila sonrisa, a M. Holton: "Después de una entrevista con algunos amigos, y con el barbero, el sastre y otros, el hombre a quien usted ha salvado aparecerá en el hotel de ustedes para presentarse él mismo, disculparse por la desaparición del cochero de ustedes y darle a usted gracias y a este noble muchacho, de todo corazón (y su voz tembló un poquito), por lo que ustedes han hecho por él."

Como a eso del mediodía, del segundo de su llegada, Harry estaba almorzando en compañía de su padre, cuando el camarero llevó una tarjeta, en la cual M. Holton leyó:

"Le Comte Ivanofsky"

y, esperándoles en la sala encontraron un alto y bien parecido caballero, tan poco semejante a su último cochero, como no era posible imaginarse. En la mano traía un hermoso ramo de flores, que, con gran delicadeza, entregó a la señora de Holton. Después, evidentemente con el corazón conmovido, le dijo que su agradecimiento para con ellos era algo que nunca podría expresar debidamente. Habló con elocuencia durante algún tiempo, mientras que Harry, sentado, le miraba y se preguntaba a sí mismo si era posible que este hombre fuera el que los ha-

bía guiado por el helado Neva. El Conde no hizo sino una breve visita, diciendo a sus amigos que al día siguiente se daría él mejor cuenta del cambio de su condición, y resultaría mejor compañía para ellos. Al despedirse de Harry en la puerta, le puso tres paquetes en la mano y se marchó, antes de que Harry pudiera preguntarle nada acerca del contenido. Al abrirlos, encontró tres cajas con joyas y con sendas tarjetas, con los nombres del padre, de la madre y de él mismo escritas con una singular pero clara letra. La cajita de la madre contenía un hermoso brazaletes, la del padre un antiguo anillo con sello y la de Harry un precioso relojito con el grabado de una "troika" en la tapa.

El Conde Ivanofsky vive en San Petersburgo otra vez. El Zar supo la verdad acerca de su asunto y le invitó a volver. Le gustan mucho los americanos, especialmente los muchachos; y si alguno de los lectores de la revista *San Nicolás* tiene ocasión de ir allá, y averigua dónde vive, tengo la seguridad de que se alegrará mucho en verlos, y podrá darles una idea, mucho mejor de lo que yo pueda hacerlo, de las maravillosas vistas de esa grande y fría ciudad del Norte.

Harry Holton se escribe con él; y un día no hace mucho, cuando yo estaba merendando con su padre, me invitó a probar algo muy curioso y de apariencia negra, que había preparado, y que él estaba comiendo con pan llamado caviar, un bien conocido y delicado manjar ruso. Le pregunté si realmente le gustaba, y me contestó con media sonrisa en los labios: "No podré decir si yo he aprendido completamente a saborearlo como lo saborean en San Petersburgo; pero estoy obligado a comerlo, porque me fué remitido por un caballero a quien yo salvé de ir a Siberia."

PRECIOS DE SUSCRIPCION. --Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia 60, Madrid.